

“Eso que llaman Arte... - Abstracto”

II

(Conclusión)

Estos pintores, en vez de ser ellos intérpretes de los temas, buscan ser interpretados, en vez de ser ellos los traductores de ideas o realidades, pretenden ser traducidos, en vez de estampar belleza, piensan que otros descubran la belleza de sus obras, y en lugar de ser ellos los productores de emociones, exigen que los hombres se emocionen contemplando sus cuadros, de tal modo que para ellos, lo de menos son las formas y secundario es el color... y sí, así es, cualquier profano en la materia, puede ser pintor, cualquier individuo que pueda tener el poco gusto de ensuciar una tela con manchas caprichosas, puede muy bien entrar por la puerta grande de los abstracta, del vanguardismo o como quieran llamar a estos «ismos».

Son muchos los artistas noveles, que con gran ilusión sienten la inquietud artística y con más o menos esfuerzo cursan las disciplinas académicas, perfeccionan su técnica, encauzan su instinto en los centros de enseñanza y rematan brillantemente los estudios que vienen a completar su afición. Sueñan constantemente con la superación y con la gloria de su triunfo. En sus primeros balbuceos, hay destellos de originalidad, existe en su paleta deseos y esperanzas, luchas y triunfos, sinceridad y anhelo... Es una promesa para ocupar con gloria un puesto en el templo del Arte. Su conciencia está limpia y pura de todo pecado. Pero... es duro el camino a recorrer y a él se lanza con ansias de llegar a la meta, de conquistar un nombre. Está dispuesto a todo, a sufrir y padecer los más duros reveses.

En estas condiciones se enfrenta con el mundo de las artes y con las Exposiciones de «pintura nueva». Su formación artística se desorienta, sufre una gran desilusión, su conciencia padece el cataclismo del anodamiento; es incapaz de coordinar ideas y poco a poco se envenena con la nueva tendencia. Acude a Exposiciones y compara su obra realista, su obra sincera, su obra de arte, mejor o peor conseguida, con los cuadros que se llevan los primeros premios, con las obras que no concibe, que no entiende y que le han indignado.

Reacciona de una manera negativa para su conciencia, y vé con los ojos materiales, la materialidad de la ocasión, pues el camino es fácil por los nuevos derroteros. Ya lee las críticas y se sugestionan; pinta un lienzo en unas horas y encuentra enseguida al crítico que le anima... y así poco a poco encontrando cómodo, sin esfuerzo, sin obstáculo, el camino de la popularidad, se lanza hipócritamente a ganar esos laureles que tan pródigamente ofrecen los

comentaristas o los incompetentes Jurados Calificadores.

Obtienen su «primer triunfo» y se sienten halagados. Al pobre artista, al bohemio pintor, le hacen soñar con París; para él, es la cúspide de su gloria, el cenáculo de sus sueños, la cumbre de sus aspiraciones...

Allí le cotizarán sus obras, allí se las disputarán con envidia, cobrará muchos francos, llegarán muchos «marqueses Smits» y él podrá vivir en el paraíso de las diosas, en palaciegos ambientes de tal modo, que la fama se rendirá a sus pies en mudo acto de respeto y servidumbre.

¡Ilusiones de artista! Fué a París cargado de ilusiones y vuelve flaco de cuerpo y espíritu; fué a París enchido de esperanzas y vuelve desengañado y maltrecho; fué radiante y vuelve sombrío, fué alegre y viene triste, fué saludable de cuerpo y alma y vuelve corrompido de alma y enfermo de cuerpo. Sus sentimientos son perversos y malsanos, porque su fracaso creó en él un serio complejo de inferioridad...

¡Así vuelve de París!! Pero este artista ¿es el culpable directo de su derrumbamiento espiritual y material? ¿es el responsable de su fracaso? ¿a quién debe su derrota en la vida? Solo los alentadores, «animadores», «críticos», «Jurados», hipócritas de pensamientos, inconscientes, que faltos de responsabilidad, buscan la perdición de una promesa o de un genio, empujándolo descaradamente hacia el abismo sin fondo del olvido y la miseria.

A estos desentrenados alentadores, les llegará la hora acusadora de la verdad, y no encontrarán refugio ni aislamiento a la voz que les acuse; la sombra trágica de las almas en derrota les seguirán por todos los rincones de su existencia, y antes de llegar al Juicio Final, oirán la voz de la conciencia que les gritará: «Caín, Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?».

LUCIO SAHAGUN TORIJA

Lealtad

a la Falange, a sus Jefes «desde el primero al último». A los muertos, a los camaradas.

A la lealtad se falta no solo con la traición, sino también con la murmuración y la queja. El soldado de la Revolución ha de ser leal hasta la muerte, A sus principios y a sus Jefes.